

Estación reunida (1961)

Escalas hacia la madurez poética

Stephan Enríquez

Until what time shall I we be patient?
William Shakespeare

Descubrí a Javier Heraud en una antología de cincuenta poetas peruanos del siglo XX publicada por Peisa y *El Comercio*. Sus versos, que aludían principalmente a la naturaleza, me atrajeron desde un principio. Al investigar sobre su vida, descubrí que publicó su primer poemario a los dieciocho años. No pude evitar mostrar mi asombro, aquellas estrofas no podían haber sido escritas por un adolescente. Sin embargo, los poemas que figuraban en la antología pertenecían, en su mayoría, a sus dos primeros poemarios: *El río* y *El viaje*. Hasta ese momento, mi admiración por Heraud se basaba únicamente en los fragmentos que leí de sus obras. Al poco tiempo, menos de un mes si mal no recuerdo, adquirí su obra poética completa, publicada por Francisco Campodónico y recopilada por Hildebrando Pérez. Ese mismo día tuve mi primer contacto con *Estación reunida*, y el crecimiento que evidenció en el pequeño lapso que hubo entre su segundo y tercer poemario fue abrumador.

La obra en sí está dividida en dos secciones: *Las sombras y los días* (que a su vez consta de dos partes: "Alabanza de los días" y "Estación del desencanto") y *En espera del otoño*. Si bien las dos secciones abarcan diversos temas, resaltan el anhelo del otoño frente a las demás estaciones, la soledad, la

muerte y un aire eminentemente melancólico. Cabe resaltar que, a diferencia de sus poemarios anteriores, los versos de Heraud reflejan el cambio de una voz pasiva a una voz activa que busca evitar las injusticias en su entorno. Precisamente, después de escribir *Estación reunida*, el poeta realiza un viaje a Cuba, becado para seguir estudios de cinematografía, y se sumerge en sus ideologías políticas, influenciado por el socialismo, hasta el punto de participar, luego, en el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

"Alabanza de los días o destrucción y elogio de las sombras", la primera parte de *Las sombras y los días*, especialmente en el poema "Destrucción de la sombra e inicios de los días", muestra la impotencia del autor frente a los acontecimientos sociales que se presentaban en el país y en Latinoamérica durante los primeros años de la década del 60.

*Nos prometieron la felicidad
y hasta ahora nada nos han dado.
¿Para qué elevar promesas si
a la hora de la lluvia sólo
tendremos al sol y al trigo muerto?
¿Para qué cosechar y cosechar si
luego nos quitarán el maíz,
el trigo, las flores y las frutas?*

Estos versos podrían considerarse el inicio de la inclusión que Heraud hizo de lo político a su poesía, especialmente en los poemas de "Rodrigo Machado", los cuales distan en gran medida de las primeras obras del autor. Cabe resaltar que, además del elemento político presente, este primer poema expresa una crítica a la sociedad e, incluso, a la misma realidad en sí. He ahí el motivo por el cual el joven poeta lo ubica en el inicio de su poemario.

Inmediatamente después del poema mencionado, Heraud incluye otros diez que culminan la primera parte de *Las sombras y los días*. Me es difícil separar cada uno de ellos y no verlos como un todo dividido por cuestiones estéticas. Afirmando este enunciado debido al hilo conductor que conecta cada uno de estos versos: la transición del tiempo. Si bien se hace alusión al invierno y al otoño, las estaciones no cobran protagonismo, sino el tiempo como un transcurso inminente y doloroso en la vida. Pero, ¿cuál vendría a ser para los humanos el fin de nuestros días, o del tiempo en sentido individual? La muerte.

*Mi amigo tal vez haya muerto.
¡Oh! alabanza del aire y de los sueños:
¡nosotros dormimos y el mundo
muere alrededor cubierto de rocío!
¡Dormimos y en el sueño morimos
cada tarde y cada noche al son
de los pájaros y los árboles!*

("Poema I")

La segunda parte de la primera sección se titula "Estación del desencanto o poemas contra el verano (excepto un poema en elogio a Machado)". El primer poema está dedicado al poeta que tanto admiraba y que ejerció una influencia notable en sus escritos: Antonio Machado. Heraud acertó en colocar entre paréntesis la inclusión de este poema porque no se relaciona mucho en sí con el resto de la obra, salvo por los versos que hacen referencia a "las sombras y los días".

Posteriormente, se presentan otros seis poemas, algunos divididos en varias partes. El tema principal vendría a ser el repudio hacia el verano (la estación del desencanto), que es sinónimo de soledad, hartazgo y putrefacción. El poeta emana un anhelo hacia otra estación, que luego se manifestaría en el otoño. Algunos versos que reflejan la posición del autor frente al verano se pueden notar en el cuarto poema:

*¡Poema del destierro indefinido:
muéstrame cuál es tu fuerza,
dónde tu envío!
No puede ser regalo tuyo
este verano
maldito e inclemente.*

Asimismo, el tema de la muerte, como un suceso inevitable a lo largo de la existencia del individuo, vuelve a presentarse en "El nuevo viaje":

*No es que yo quiera
alejarme de la vida,
sino que tengo
que acercarme hacia la muerte.*

Pero, probablemente, los versos más penetrantes dentro de esta segunda parte le pertenezcan al segundo poema, que muestra una presencia ampliamente autobiográfica y descriptiva, como en sus dos primeros poemarios, pero esta vez se ostenta en su máximo esplendor.

*Yo no soy el poeta que ustedes
nombraron.
Soy sólo el caminante solitario
que recoge las semillas del camino.
[...]
soy sólo el caminante que despidieron
entre risas y sollozos y dejaron vagar
inútilmente por los senderos de la tarde.
[...]
me despido de los sueños y las muertes
y de un solo tajo acabo para siempre
con esta poesía.*

En espera del otoño, la segunda sección del poemario, tiene como eje principal la transición de las estaciones y el anhelo del otoño como período rebosante de vitalidad y de esperanza para el autor, pero de destrucción o caos para la naturaleza. El otoño se muestra como la estación de lucidez del poeta, mientras la primavera simula a la muerte, el invierno a la inmovilización y el verano a la soledad.

*No me importa
que destrocen las hojas en su caída
trunfal,
no me importa
que tiemblen los troncos de los árboles,
no me importa
que los vientos me lleven a regiones apa-
cibles,
[...]
Tierra vacía del otoño,
nada ya me importa
y sólo me atrae tu irresistible llegada.*

("II. Tierra vacía del otoño")

*Canten soles,
canta verano a tu reino
fenecido,
canta primavera a tu sueño
desechado,
canta invierno a tu fruto
no nacido.*

("En espera del otoño")

Diez poemas, algunos divididos, conforman esta segunda sección de *Estación reunida*, que podría fácilmente considerarse como una oda total al otoño. Y no es de sorprender, debido a que Heraud es un poeta de la Tierra, de la humanidad y de la naturaleza en sí. Si bien el otoño está presente en cada uno de los poemas, también se le relaciona con otros temas, como la poesía y el mar, elementos frecuentes en los versos de nuestro poeta guerrillero. Esto se evidencia en los dos últimos poemas del libro, que aluden al otoño

como una figura esencial dentro de la vida de Heraud, al punto de incorporar cada suceso importante del autor.

*Y qué se va a hacer,
el canto ya está escrito
y no puedo ahogarlo ni destruirlo,
porque contra ti, poesía, nada puedo,
porque contra ti nunca he podido,
porque contra ti nunca podré.*

("Poesía del otoño")

*Al acercarse el otoño,
corro hacia el mar y busco las doradas conchas.
[...]
El mar las mueve y las renueva,
las golpea y las destroza,
y el otoño las ofrece con los pies desnudos,
recogiéndolas, ahuyentándolas.*

("El otoño y el mar")

Sin embargo, el otoño, en el caso de nuestro vate, fue más allá de sus versos. Su estación tan anhelada es la que, finalmente, lo condujo a la muerte un 15 de mayo de 1963, a la

prematura edad de veintiún años. La muerte no solo se hace presente en *Estación reunida*, sino también en varios versos de *El río* y *El viaje*. No sería exagerado resaltar que Heraud previó su muerte desde el principio, al igual que Vallejo. Alguna vez les dijo a sus familiares que él sería como Rimbaud, solo escribiría hasta los veintiún años.

Increíblemente, Heraud, al igual que Rimbaud, dejó su mejor obra antes de cumplir los veinte años y se convirtió en el paradigma de su generación, pero, sobre todo, los dos siguieron sus ideales hasta el fin de sus días. Rimbaud, por su lado, abandonando la poesía, al no encontrarle sentido, para luego dedicarse a viajar y traficar armas; y Heraud convirtiéndose en guerrillero y muriendo por su país. Cada uno de ellos refleja la inconformidad de una sociedad arcaica en pleno deterioro.

Sin más que decir, afirmo que *Estación reunida* es, sin lugar a dudas, la obra maestra de Javier Heraud, una de las más notables de los primeros años de la década del sesenta y una lectura indispensable dentro de nuestra literatura.